

Este Benito—piensa—es un
 cuando nos mira no sabemos
 No es extraño que todas las
 eblo corran detrás de él. No
 car el violín como él. Seguro
 a ganaría más dinero que con
 periódicos. ¡Pero, cualquiera le
 la cabeza!
 emprendió de nuevo con su
 on dejó más triste:

ormito sul nudo terreno.

ido sobre el desnudo terreno).

a, una voz fuerte terminó el

érica sí lunga, sí larga,

a fiume e montagne,

ria di noi Italiani

lato paesi e citá.

ica tan larga y tan ancha, atra-
 y montañas, con la industria de
 anos hemos fundado países y

vió. ¡Dios mío, era él!

barba negra sobre sus hundidas
 s brillantes bajo el ala del gran
 pelerina flota sobre sus hom-

bros. Lleva en los bolsillos algunos libros. Y en
 los brazos la caja de su violín.

—Buenos días, Raquel.

—Buenos días, señor Benito.

Mussolini se detiene y observa despacio a la
 muchachita. Hace años que la conoce. La había
 visto cien veces, pero no la había mirado jamás.
 Es rubia y fresca y tan sana que uno se siente
 rejuvenecer sólo con posar sobre ella los ojos.
 Raquel enrojeció ante la mirada audaz del vio-
 linista revolucionario. Benito vio que le temblaba
 la garganta. El no se equivocaba ante tales sig-
 nos.

—Raquel—le dijo—, se besa siempre al hijo
 de la casa cuando retorna.

Cuando llegó la noche, Benito y Raquel fue-
 ron a pasearse a la luz de la luna, por los oli-
 vares.

Se le habían presentado a Benito muchos
 partidos ventajosos. Pero él miraba por encima
 del hombro a las hijas de los campesinos ricos.
 Se había cruzado por entonces en su camino
 una muchacha maravillosa con talle de parisién
 y con unos ojos de ángel de Rafael: una insti-
 tutriz que tocaba el piano, recitaba poemas de
 Carducci y hablaba francés como una gran dama.
 Benito dio con ella algunos paseos sentimentales.
 Compuso para esta muchacha una romanza: